

presuroso, siempre temiendo no llegar á su destino. Al tercer día se le acentuó el cansancio de manera que parecía que no iba á poder caminar más: el campo le daba vueltas, la naturaleza aquella, torva y reservada, le parecía más inexpugnable á cada legua que en ella penetraba, y un vago é inconsciente temor, el temor de morir ignorada y obscuramente en una hondonada de aquellas, en un lazo que le tendiera quien estuviera enterado de su viaje y del objeto á que le destinaba, empezó á acometerle haciéndole meditar en la falta de haber aceptado una comisión para la cual no tenía aptitudes ni preparación.

Al llegar á unos matorrales que cercaban una abra que hacía la reunión de dos montañas, oyó cantar, casi á su lado, una cancioncilla que le impresionó causándole al par tremenda melancolía y susto espantoso; susto del que llega refugiándose entre los huesos y produciendo en la espalda un frío que aflige y destantea y hiela la sangre. Aquella voz melancólica que decía el cantarillo de

Ya Margarita se va,
Ya se va, ya se la llevan,
Ya se la llevan los indios
A comer carne de yegua...

le pareció que brotaba de la misma tierra, y que extendiéndose en las alas del viento llegaba á implorar á la

luna que salía roja y como sangrienta de entre la cortina de montañas que cerraba el paso al vallecillo que se aparecía á la derecha de unas construcciones ciclópeas que eran como castillo roquero abandonado.

— ¡Maldita cancioncita, qué bien molesta! dijo Brambila en voz alta, confesándose con la soledad... ¡Maldita canción!... Ya podía el que canta detenerse un poquito y no enfadar á los que caminan pacíficamente...

Y sin saber por qué sintió le acometía un horrible frío de cuartana que le recorrió de los pies á la cabeza. La voz se alzaba de la cañada donde primero se había escuchado y resonaba monótona, tristona, dolorosa, al través del velo de bruma que se veía hacia la entrada de la nueva fracción de desierto que se abría á la derecha de la cañada que iba á pasar.

— ¡Haya cosa! pensó para sí el intrigado Brambila; ¡haya cosa! ¡sentirme más intranquilo ahora que voy acompañado que antes que iba solo!... ¿Quién demonios será éste que así canta en medio del terregal? Algún transeunte, algún rancharo que quiere ver pronto su casa y que sabe que cantando se aligera el camino... Yo también debería cantar...

Y ensayó una tonadilla de su país, de esas incoloras que dicen los habitantes de las vecindades, impregnadas de un romanticismo cursi y rebuscado que denuncia á legua los tendedores de ropa en el patio, y las comadres

peinando niños en lo interior de la vivienda, mientras la guitarra murmura la triste sinfonía que parece una invitación al goce, para dar salida á la canción desgarradora,



llena de corazones destrozados, de infamias y de traiciones, de tristeza, de deseo de morir y de amor á la tumba helada. Pero notó que la canción empezó á alejarse para reaparecer luego con nueva fuerza y perderse al cabo en la garganta de una montañuela que parecía estacionada allí para interceptar el paso al heroico Brambila.

Ya caminaba satisfecho cuando oyó una voz:

— ¡Compañero, deténgase, que vale la pena de que caminemos juntos!...

Y Pepe detuvo su cabalgadura no sé si con miedo ó con esperanza, deseoso de encontrar persona con quien hablar aunque fuera en un idioma primitivo, por señas ó gritos.

Y no tardó en incorporársele un sujeto hasta de cua-

renta años, de pelo rojizo, ojuelos verdes y maliciosos y nariz basta á manera de la que les ponen á Richelieu ó al gran Condé. Vestía zamarra de cuero usada tanto hacia los codos como por la espalda, calzonera de gamuza, zapatos de cuero crudo y sombrero de palma bien trenzado.

— Amigo, dijo el recién llegado, ¡qué fortuna encontrarme con quien siga mi camino! Ya me sabe la boca á cobre y, la verdad, no me gusta darle tanto descanso á la sin hueso... ¿A dónde va usted, si acaso se puede saber? Yo voy muy lejos, voy hasta México, á la capital del imperio, á llevar unas requisitorias de novios que se quieren casar y que tienen sus posibles...

— Pues yo, declaró el gran Brambila, yo voy á ver á mi suegra, que se encuentra dando las boqueadas en un pueblito de las cercanías de México; llevamos, pues, el mismo camino...

— Pero, hombre, repuso el otro risueño y contento, ¿cómo le he de creer que emprenda tamaño viaje por una suegra? Usted se está chanceando conmigo...

— ¡Chancearme!... ¿Qué me voy á chancear? A mi suegra voy á ver, pero como la pobre me deja una herencia de algunos miles de duros... pues me parece natural ir hasta el pueblo de Tenango ..

— Pues eso debía haber dicho, amigo, dijo el nuevo camarada riéndose á carcajada tendida: ¿conque hay

dinerito de por medio? Pues entonces no me extraña que vaya hasta la tierra santa...

Siguieron largo rato caminando en silencio, y á poco dijo el risueño y desocupado mensajero:

— ¿Y cuál es su gracia, amigo? Yo me llamo Sixto Vega y soy un viejo buscador de minas en Guadalupe y Calvo; allí hice una mediana fortunita; pero en parte por una borra que se me vino y en parte por lo tremendo que yo era, acabé con todito al grado de quedarme hasta sin camisa... y tan contento.

Luego siguió refiriendo sus excursiones á Badiraguato, sus hazañas en la bonanza de la mina Pastrana ó Pastreña y su vida en San Francisco de las Californias...

— ¿Cómo que si conocí á su hermano de usted? Juan de Dios Brambila, Juan del Diablo, era de lo fino, de lo que no trajo Allende en la maleta... Entre los mexicanos que la laboreábamos por allá, que éramos muchísimos, no había uno más tracista que Juan del Diablo... Con decirle que se dejaba muy atrás al mismo Murrieta en muchísimas cosas, por ejemplo, en cosas de beber y en cosas de muchachas, le digo todo... Y como valiente lo era, ¿cómo no? pero, ¡caramba! en lo demás no había quién le echara pie adelante, ni siquiera los chilenos, que tanto dieron que decir...

Y hablando de esas cosas pasaron leguas y leguas, lo mismo al sol que á la sombra, igual en el día que en la

noche, siempre vivos, siempre alerta, siempre dispuestos á ocultarse á la hora de un albazo ó en el momento de ver venir una caravana de indios aislados. Pero una noche, al llegar á un pueblecillo en que habían pegado los apaches poco hacía, don Sixto inició que se detuvieran, pues seguramente les sobraría oportunidad de recuperar lo perdido.

— Hombre, y á propósito, le dijo Vega: ¿que no le convendría á usted venirse conmigo? Yo busco una buena cantidad de gentes de valor que me acompañen en una empresita que puede servirnos mucho... Cosa de minas, pero no piense que sea en terreno llano ni en lugarcitos llenos de sombra; aquello es medio feo y no creo que se vaya á sentir tan alegre como si se encontrara en el zócalo de la plaza de México... Es unas veinte leguas más allá de la villa del Paso del Norte y entre puros cerros; pero, amigo, ¡qué platal, qué riqueza! ni le cuente. Mire, la plata sale en hilitos, así, como para mandarse á la casa de moneda. No se ha visto cosa igual... Ríase usted de la bonanza de Batopilas; eso es nada. A las cuantas varas de trabajar panino negro nos hemos encontrado panino blanco y allí está la plata virgen en bolsitas, en clavos, en espigas, en tachuelas, en alambre, en hojas, en lo que usted quiera... Le digo que aquello no tiene cuate, que es precioso, que vamos á dejar muy atrás á todo lo que se ha visto... ¿Quiere venirse? No más me dice media palabra

y yo me comprometo á que le almita el amo don Tomás Zuloaga... Porque lo que él dice: «tú mete á quien te dé la gana, que al fin me respondes de que aquello ande como Dios manda». ¿No le parece, patrón? Véngase, que (á usted sí puedo decirle la verdad) lo de los insortos y esas cosas son embelecocos y mentiras; de lo que trato es de juntar alguna gente buena para la empresa... A usted ni le pregunto si es lo bastante hombrecito para acompañarme; con ser hermano de Juan del Diablo está dicho todo; no hay ni que hablar... ¿no le parece?

Entretenidos en conversar y en hacer calendarios de minería, que son más falibles que el calendario famoso de Galván, los dos amigos llegaron una nochecita de Junio, cuando apenas acababa de obscurecer, á la muy noble y leal ciudad de México, cuya sombra venían persiguiendo hacía tantos días. Se hospedaron en el mesón de Balvanera, que era el que á la sazón disfrutaba más fama entre gente fronteriza, y allí pasaron la primera noche de dormir en cama, que por cierto no se le figuró á Brambila tan grata como la creía cuando andaba á caballo sin parar.

Su primer diligencia consistió, no hay para qué decirlo, en visitar al licenciado Delgado, que por cierto habitaba un gran caserón de la calle de Santa Clara, entonces constituída en emporio de la recién llegada nobleza de toga, traída por el imperio de Maximiliano. No

estaba en casa don Canuto y fué cosa fácil para el testarudo mozo concertar con la bella y arrogante María una cita que había de pasar en Chapultepec, á la sombra de aquellos ahuehuetes milenarios que venían contemplando con la sonrisa de viejos escépticos y corridos todas las aventuras amorosas que se venían sucediendo en el valle de México, si bien encontrando que los amantes del tiempo de Motecuhzoma se diferenciaban poco de los que se daban citas en la época de Maximiliano el intruso, pues eran siempre las mismas protestas, los mismos gimoteos y las propias ternuras trasnochadas.

—Pepe, no hay duda que no te vuelves á perecer entre esos hambrientos de tus amigos: aquí te quedas porque te quedas y no se te vuelve á ver en aquellos horribles arenales que me tenían frita la sangre y perdida la salud. Sábetete, por si no lo sabes, que aquí está todo á pedir de boca y que allá van las cosas de mal en peor. Ortega, ya lo sabes, el general, el vencido de Majoma, está pronto á reclamar la presidencia el día tantos de no sé qué mes que se cumple su período á Juárez, y va á haber con eso la gran tremolina en el campo de los liberales... Tu jefe, don Guillermo, está á matar con el indio, va á tomar el partido del otro y aquello se va á volver cena de negros... En fin, que dentro de poco sale una expedición para Chihuahua y que Juárez se verá precisado á moverse de su madriguera para embarcarse,

para pasarse al lado americano, para hacer cualquier cosa, y entonces... entonces se verá la manera de que ya no cause más daño...

— ¿Qué me dices, María? preguntó el muchacho en el colmo de la estupefacción.

— Lo que oyes, hijito, lo que oyes; todo está perdido, y si acaso tú deseas volver por allá yo te proporcionaré manera de que lo hagas gloriosamente, en compañía de gentes de tu clase, de hombres que valen y que te pueden prestigiar, no de descamisados infelices que no te han de dar ni sal para un ahuate...

— Pues no entiendo...

— Ya entenderás. Por ahora bástete saber que hay personas que, compadecidas de lo que sufre este pobre país, se han resuelto á dar un golpe de mano cogiendo á Juárez, á su ridículo ministerio y á todos los que con ellos se encuentren, y que todo está arreglado de tal manera que no fallará.

— Dime lo que tengas determinado, que ardo en deseos de conocerlo. Yo, como tú dices bien, estoy resuelto á dejar aquello, pues lo cierto es que para disgustos no gana uno; pero me determino á volver allá para meterme en negocios de minas. He hecho el camino en compañía de un sujeto que está encargado de reclutar gente para explotar un mineral en el rumbo de la villa de Paso del Norte, y si, como es probable, me gano mucho dinero, allá me quedaré de asiento.

— ¿Minas? ¿Has dicho que minas? ¡Por Dios, Pepe, que tú quieres sacarme un secreto que tengo guardado y que inventas cuentos como ese de las minas! Hijo, por María Santísima, que me hables á derechas; si algo sabes trátame como á persona que está más decidida que tú á servir á la buena causa; si, por el contrario, sólo malicias la verdad y no la conoces claramente, no me comprometas exigiéndome que te cuente secretos que no me pertenecen...

— Lo sé todo, dijo Pepe con misterio, y estoy comprometido en el asunto desde la crin hasta la cola.

— ¿De manera que te lo comunicó?...

— Sixto...

— ¿Y sabe que tú estás separado ya de tus amigazos de Chihuahua?

— No sé si lo sabrá, pero sí sé que está enterado de mi buena voluntad...

— Pues me alegro, créeme que me alegro... Sixto no es quizás lo que tú podrás figurarte; es íntimo del conde y está enterado de todo.

— Ya lo sé, mujer, ya lo sé. Por cierto que me enseñó todos sus papeles y me quedé pasmado. ¡Qué cierto es que debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor!...

— ¿Verdad? ¿Quién iba á pensar que ese rancherón era portador de papeles tan interesantes?

— Nadie; pero el conde, que no se mama el dedo, pensó

con justicia que otro sujeto daría lugar á sospechas, que quizás motivaría que se le aprehendiera, y naturalmente...

— Ya, ya comprendo...

Tras la conversación política vino la conversación amorosa, y Pepe pudo comprobar á su amada que la fatiga y las penas del viaje en nada habían influido sobre su sensibilidad amatoria, y á la media noche tomó el camino del mesón donde había quedado de ver á su amigo el famoso Sixto Vega.

La espada de San Pedro, ó sea el jefe de los conspiradores imperialistas, estaba ausente á la sazón, y Pepe pudo á su gusto revisar su maleta sin temor de que le interrumpiera nadie, pues cabalmente para entrar á los cuartos que los amigos tenían tomados había que abrir una puerta que rechinaba grandemente al traspasarse sus umbrales. Los papeles le dieron poca luz, porque estaban escritos en cifra, pero en cambio se halló un librito de memorias que contenía notas como ésta: «el señor de Ressiquier me envió desde Nueva York, \$ 334, que me servirán para los primeros gastos de la expedición. Doña María me escribió para que se tenga listo todo para el primero de Noviembre... Hoy carta á M. Pierron», y otras cosas por el estilo.

Luego que Pepe se hubo enterado de lo que podía enterarse fingió que se dormía, y cuando llegó, por cierto no á la hora en que canta la alondra, sino á la en que los

lecheros transitan por las calles y los barrenderos inundan de polvo la ciudad, Pepe salió explicándole á Sixto que marchaba ese día para Toluca porque tenía noticias de que su suegra estaba muy malita; puso dos letras á María, gastó una parte de la mañana en entregar las cartas que llevaba para Payno, Arias, Sánchez Solís, Montes y otros personajes que vivían en México aparentemente pacíficos, y el mismo día partió para Cuautitlán, donde tomó la diligencia que le había de conducir al interior y á la frontera.

